

Il capitolo lingua  
de modernità

*LENGUA*

# El español, lengua de modernidades\*

ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR\*\*

A José María Valverde

La que iba a conocerse como modernidad por excelencia se inauguró la madrugada del 12 de octubre de 1492 en una isla silvestre no muy lejana de ésta donde estamos, y empezó a decirse en español. Había sido anunciada tres días antes. Con fecha 9 de octubre de ese año apareció en la transcripción que nos legara Las Casas del *Diario* de Colón un involuntario endecasílabo cuyas palabras hubiera podido escribir, de hacerlo en español, el antillano Saint-John Perse: “Toda la noche oyeron passar páxaros”<sup>1</sup>. Era la inminencia. Pero el 12 de octubre fue la certidumbre. Según la anotación fechada el día anterior, “dos horas después de medianoche [...] la caravela Pinta [...] halló tierra [...] llegaron a una ysleta de los lucayos que se llamaba en lengua de Yndjos Guanahanj. [...] Puestos en tjerra vieron árboles muy verdes, y aguas muchas y frutas de diversas maneras”<sup>2</sup>.

Si bien quinientos años antes ya habían llegado europeos al Hemisferio

\* Leí una versión de este texto al ingresar en la Academia Cubana de la Lengua, el 19 de septiembre de 1995; y la actual versión, algo más amplia que la anterior, el 18 de octubre de ese mismo año, al inaugurar en el Aula Magna de la Universidad de La Habana el Congreso Internacional sobre las Investigaciones Lingüísticas en Iberoamérica.

\*\* ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR: Ensayista cubano, crítico literario, poeta.

<sup>1</sup>Cristóbal Colón: *Diario del Descubrimiento*. Estudios, ediciones y notas por Manuel Alvar, Madrid, 1976, Vol. I, p. 83.

<sup>2</sup>*Op. cit.*, pp. 84-85.

Occidental, fue la arribada de 1492 la que abrió el camino a una nueva era en la historia, en la que ya participarían (así fuera en condiciones harto distintas) todos los hombres y todas las mujeres. El mundo empezó de veras a mundializarse, para usar una expresión cara a Fernand Braudel, a pesar de que la humanidad tuviera aún por delante un larguísimo y dolorosísimo camino. Ni Leif Ericson ni Colón supieron que habían dado con el Hemisferio Occidental, pero el segundo, aunque ignorándolo también, era portador de las semillas de una nueva sociedad que se incubaba entonces en zonas de Europa, y de ahí la enorme trascendencia de su hazaña: el segundo llevaba en sus velas la modernidad del capitalismo, que requería para lograrse, precisamente, de hechos como aquella hazaña. Y esa modernidad, repito, empezó a decirse en español, lengua que a la sazón era conocida sobre todo como castellano.

Se ha escrito acertadamente que esa lengua estaba preparada para la faena. Si las tres carabelas habían zarpado del Puerto de Palos el 3 de agosto de 1492, quince días después el sevillano Antonio de Nebrija veía publicada en Salamanca su *Gramática castellana*, la primera de un idioma europeo moderno. Al frente de ella aparecían las conocidas palabras en que el autor comunicaba a la Reina Isabel, al dedicarle la obra, “que siempre la lengua fue compañera del imperio, i de tal manera lo siguió que junta mente començaron, crecieron i florecieron, i después junta fue la caída de entrambos”<sup>3</sup>. En efecto, la lengua así exaltada fue compañera del Imperio Español, donde llegó a no ponerse el sol.

A partir de 1492, y durante casi dos siglos, el español fue la lengua mayor de la modernidad occidental, que entonces no se nombraba aún así. Con razón, desde el punto de vista idiomático, se llama áureos a aquellos tiempos. Es impresionante lo que se realizó entonces en nuestra lengua, de la claridad estremecida de Garcilaso y San Juan a la cornucopia quevedesca y calderoniana, pasando por la prosa pícara, la sencillez trascendente de Santa Teresa, la gravedad de los Luises, el tornasol del racionero de Córdoba, la intensidad cervantina, el universo lopesco con toda la lira. Se trató de un momento cenital. América estuvo ya presente en ese momento. No sólo como asunto

<sup>3</sup>Antonio de Nebrija: *Gramática castellana*. Texto establecido sobre la ed. “princeps” de 1492 por Pascual Galindo Romeo y Luis Ortiz Muñoz con una introducción, notas y facsímil [...], Madrid, Vol. I, 1946, pp. 5-6.

o sobresalto en muchas obras españolas, sino como fábula real ante las vidas de los cronistas de Indias y de autores de poemas épicos como *La araucana*, e incluso dejando oír su propia voz en escritores como el controvertido Inca Garcilaso y la novohispana Juana de Asbaje, el tricentenario de cuya muerte estamos conmemorando. La obra de la monja prodigiosa es la última de aquel momento de nuestra lengua. Y desde ahora quiero adelantar que el sintagma “nuestra lengua” tiene para mí el sentido con que lo usa Antonio Alatorre, quien en *Los 1.001 años de la lengua española* dijo:

a diferencia de otras historias, la mía no dedica un capítulo por separado al español de América, a manera de complemento o de apéndice. La falta no se debe ciertamente a que la materia me parezca secundaria o desdeñable, sino a todo lo contrario. Somos americanos la inmensa mayoría de los hablantes de español. El “español de América” no tiene por qué ser tratado aparte. El posesivo *nuestra* de “nuestra lengua” nos engloba a todos por igual. Tan hispanohablante es el nacido en Almazán, provincia de Soria, como el nacido en Autlán, estado de Jalisco. Muy escondida, muy disfrazada a veces, pero muy tenaz, existe en muchos españoles y en muchos hispanoamericanos la idea de que el español de América es, de alguna forma, menos bueno, menos correcto, “legítimo” que el de España. En mi libro no encontrará el lector ningún apoyo para semejante idea, que me es ajena por completo<sup>4</sup>.

En general, medio milenio después de haberse trasladado a América (y luego a otros continentes) lenguas que fueron metropolitanas, limitarse a seguir viéndolas como tales se parece a aceptar que el francés, el italiano, el español, el portugués, el rumano o el catalán son *sólo* el latín, diversamente lastimado; o a considerar que las lenguas europeas, con las excepciones del vasco, las finougrias y algunas caucásicas, son otro tanto en relación con el indoeuropeo, del cual ni el nombre verdadero conocemos<sup>5</sup>. La realidad es que, lleven los nombres que lleven (los cuales indican procedencias, pero no

<sup>4</sup>Antonio Alatorre: *Los 1.001 años de la lengua española*, edición corregida y aumentada, México, 1989, pp. 8 y 9.

<sup>5</sup>Cf. Jacqueline Manessy-Guitton: “L’indo-européen”, *Le langage*. Volumen publicado bajo la dirección de André Martinet. *Encyclopedie de La Pléiade*, París, 1968.



congelan ni sustituyen vidas), muchas lenguas son hechuras de pueblos con componentes étnicos a menudo bien distintos. Sin embargo, hace sólo unas décadas Américo Castro sostuvo aún que los rioplatenses no hablaban bien su lengua porque no lo hacían como ciertos españoles<sup>6</sup> (algo equivalente a decir que no alcanzaban su estatura promedio... que era la de otro pueblo), a lo cual Jorge Luis Borges dio cumplida respuesta<sup>7</sup>. Otros insensatos, incluso entre nosotros, creen que “el español cubano está tan estropeado que ya no se entiende”, mientras que para Alatorre, “[e]n el caso de los cubanos, [...] lo único que hace falta para entenderlos es *querer* entenderlos (y se descubre entonces que su español es no sólo bueno, sino sabroso)”<sup>8</sup>. Por otra parte, como ha señalado Angel Rosenblat, no obstante inevitables diferencias (que prefiero llamar riquezas), sobre todo en el “habla popular y familiar, el habla culta de Hispanoamérica presenta una asombrosa unidad con la de España, una unidad que me parece mayor que la del inglés de los Estados Unidos o el portugués del Brasil con respecto a la antigua metrópoli”<sup>9</sup>. Eso hace pues de nuestra lengua (numéricamente la tercera o cuarta del mundo, y la segunda o tercera lengua extranjera que se estudia)<sup>10</sup> la más homogénea entre las de expansión planetaria.

Durante los siglos XVI y XVII, no obstante casos como los nombrados del Inca Garcilaso de la Vega y Sor Juana, la hegemonía de España en cuanto a la lengua española era indudable, y esa hegemonía iba acompañada por el predominio del país en la modernidad occidental. Hablar nuestra lengua era de buen tono. Pero, trabada en estructuras arcaicas y asediada por rivales europeos, ya en el siglo XVII España debió empezar a ceder tal predominio, iniciando su larga decadencia, bien visible en los siglos XVIII y XIX, durante

<sup>6</sup>Américo Castro: *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*, Buenos Aires, 1941.

<sup>7</sup>Jorge Luis Borges: “Las alarmas del doctor Américo Castro”, *Páginas escogidas*. Selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar, La Habana, 1988.

<sup>8</sup>Antonio Alatorre: *Op. cit.*, p. 318.

<sup>9</sup>Angel Rosenblat: *El castellano de España y el castellano de América. Unidad y diferenciación*, 2ª ed., Caracas, 1965, p. 49.

<sup>10</sup>Miguel Angel Trenas: “El castellano desplaza al francés como segunda lengua extranjera de estudio”, *La Vanguardia*, Barcelona, 26 de octubre de 1994, p. 33. Se trata de una visión triunfalista, que contrasta con la prudente y erudita del demógrafo Nicolás Sánchez Albornoz, director del Instituto Cervantes, en “El español en el mundo”, Agencia EFE: *Anuario Iberoamericano '94*, Madrid, 1994.

los cuales Francia primero e Inglaterra después la sucederían a la cabeza de la modernidad. Son harto conocidas las consecuencias lingüísticas de este hecho. Y no se trató sólo de vocablos y giros, sino también, inevitablemente, de conceptos.

Si la modernidad empezó a decirse en español, en el siglo XVIII, al trazar el mundo occidental un balance de su gestión, lo hizo sobre todo en francés. Prueba al canto: la forja del término *civilisation*, el cual, siguiendo una fértil búsqueda de Lucien Febvre<sup>11</sup>, Emile Benveniste dio por aparecido inicialmente en 1757<sup>12</sup>. Benveniste lo consideró con razón “un des termes les plus importants de notre lexique moderne”<sup>13</sup>. La tesis sostenida por europeos desde principios del siglo XVI, cuando por ejemplo el humanista Ginés de Sepúlveda (a quien Garcilaso dedicó su tercera oda en latín) lo dijo con toda claridad en este idioma al polemizar con el rudo y justiciero Bartolomé de Las Casas, encontraba los instrumentos terminológico-conceptuales requeridos: la humanidad, en contra de lo que postulara Montaigne sobre los presuntos caníbales, parecía tajantemente dividida en dos partes: una, minoritaria y delicada, era la barbarie o el salvajismo (términos de vieja prosapia: griega en un caso, latina en otro). El choque entre ambas partes no sólo se tenía como inevitable, sino como beneficioso para la segunda, que podría acceder así a la civilización. La empresa colonizadora había encontrado pues una justificación laica al parecer sólida.

De Francia entrarían otras influencias en el mundo hispánico. Por ejemplo, las debidas a la Revolución Francesa. El impacto contradictorio de ésta en el Caribe daría materia a dos de las novelas mayores de este siglo, que para orgullo nuestro fueron escritas en español: *El reino de este mundo* y, sobre todo, *El siglo de las luces*, de Alejo Carpentier. Tal impacto contradictorio contribuiría a cambiar el sesgo de nuestro mundo. En España, con la invasión napoleónica y, como rechazo a ella, la guerra de la que diría Alfonso Reyes: “El concepto actual de la unidad nacional [española] sólo se

<sup>11</sup>Lucien Febvre: “Civilisation: évolution d’un mot et d’un groupe d’idées” (1930), *Pour une histoire à part entière*, París, 1962.

<sup>12</sup>Emile Benveniste: “Civilisation: contribution à l’histoire du mot” (1954), *Problèmes de linguistique générale*, París, 1966, p. 338.

<sup>13</sup>Emile Benveniste: *Op. cit.*, p. [336].

populariza con la invasión napoleónica, que se llamó de modo elocuente 'guerra de independencia'. Es la primera vez en que todos los pueblos de la Península obran de común acuerdo y por una causa común"<sup>14</sup>. En los países hispanoamericanos, en compleja relación con los hechos anteriores y atendiendo también a otras causas, con sus propias guerras de independencia. De un lado y otro del Atlántico tales movimientos hacia la independencia implicaban en sus cabezas más esclarecidas una voluntad de integrarse a la modernidad de la que España había sido adelantada, pero de cuyo desarrollo (el de la sociedad burguesa) había sido excluida. Ni en España ni en la que fuera la América española aquella voluntad halló entonces realización, perviviendo en lo esencial el *Ancien régime* y sustituyéndose una dependencia por otra u otras. En Hispanoamérica, una vez planteada la meta libertadora, que suponía la separación política de España, la cuestión de la lengua alcanzó renovada importancia.

Nebrija tuvo razón cuando expuso que la lengua, compañera del imperio, crece con él; la tuvo menos cuando añadió que florece con el imperio, y no la tuvo cuando dijo que junta fue la caída de ambos. Él pensaba en el Imperio Romano, a varios siglos de cuya caída el latín se había escindido en distintas lenguas. Tras el apagamiento del Imperio Español hecho patente por la primera independencia hispanoamericana, así lo quisieron para la lengua española en América algunos despistados. Y contra esas pretensiones de estrechas miras se levantaron sabios como Andrés Bello y Rufino José Cuervo. En favor de las prédicas de éstos abonaba el que la intercomunicación de nuestros pueblos, aunque insuficiente, no se comparaba con el aislamiento padecido por los pedazos en que se fragmentó el Imperio Romano. Además, el criterio de Nebrija estaba sustentado en un preconcepto falso, según el cual una lengua es un objeto que se entrega construido, y que sólo es susceptible de deterioro cuando el dador desaparece o se debilita. Sin embargo, lejos de ser un objeto que se entrega construido, una lengua viva es una realidad crepitante, siempre en proceso de elaboración (de ahí lo absurdo de tratar de *fijarla*): en la terminología de Wilhelm von Humboldt, es una *enérgeia* antes que un *ergon*. El historiador de la lengua española Rafael Lapesa señaló además que esta lengua, en

<sup>14</sup>Alfonso Reyes: "Significado y actualidad de 'Virgin Spain'", *Obras completas*, México, tomo XI, 1960, p. 145.



América, al contacto con lenguas indígenas (lo que también es válido para lenguas africanas) conoció “hechos de transculturación”<sup>15</sup>: valiéndose, no sé si voluntariamente, de un vocablo creado por el antropólogo Fernando Ortiz que Angel Rama iba a adaptar a la crítica literaria. Autores como Nicolás Guillén, José María Arguedas y Augusto Roa Bastos lograron espléndidas realizaciones estéticas a partir de esos hechos de transculturación lingüística.

En su defensa e ilustración de la lengua española (para valerme de un famoso título ajeno), algunos hispanoamericanos dieron muestras de celo y acierto singulares. Altísimo ejemplo lo constituyó Andrés Bello. Aquel a quien, con el vehemente y original Simón Rodríguez, le corresponde la gloria de haber sido maestro del Libertador Simón Bolívar; el venezolano-chileno que inició nuestros grandes periódicos literarios con su *Biblioteca Americana*, donde reclamó nuestra independencia literaria un año antes de Ayacucho (y el mismo año, ay, de la Doctrina Monroe), fue también autor de la obra que llevaría a Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña a llamarlo “el más genial de los gramáticos de lengua española y uno de los más perspicaces y certeros del mundo”<sup>16</sup>. Tal pareciera que, así como con su *Gramática* Nebrija codificó el instrumento verbal que iba a expandirse por la Tierra, Bello, con la suya, al proponerse defender una lengua que consideraba amenazada o frágil *in partibus infidelium*, sobrecumplió su aspiración, y anunció la primacía que iba a ostentar, sobre el área idiomática común, el español de este lado del Atlántico, donde vive hoy alrededor del 90% de los hispanohablantes, lo que, por otra parte, con las variantes del caso, también ocurre referido al inglés y el portugués.

Sin minimizar la faena cumplida de Larra a Bécquer (escribiendo uno con sangre, otro con niebla), la impresión general que se recibe de la literatura hecha en la España del siglo XIX es bien descorazonadora. Los autores de una reciente historia de ese país sintetizan con brusquedad así este hecho: “Sin pena ni gloria para las letras transcurre el siglo [XIX]”<sup>17</sup>.

<sup>15</sup>Rafael Lapesa: *Historia de la lengua española*. Prólogo de Ramón Menéndez Pidal, 8ª ed. refundida y muy aumentada, Madrid, 1980, p. 539.

<sup>16</sup>Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña: *Gramática castellana*. Primer curso [...], 2ª ed., Buenos Aires, 1940, p. 7.

<sup>17</sup>Fernando García de Cortázar y José Manuel González Vesga: *Breve historia de España*, Madrid, 1994, p. 518.



El carácter en su mayoría amojamado de esas letras, unido al deseo de participar en la verdadera modernidad, explican el impulso americano que, con fuertes antecedentes (entre los que quiero destacar a Sarmiento, cuyos bramidos propios le permitieron calibrar luego los de Martí), haría eclosión a finales de ese siglo XIX y sería conocido como modernismo. Aunque el término se usó en muchas lenguas, el rumano Adrián Marino llamó la atención sobre el hecho de que sólo en la nuestra nombró a un movimiento literario concreto<sup>18</sup>. Me limitaré a señalar algunos de sus principales rasgos. Uno fue su nacimiento americano, en seres cuyas figuras más altas fueron el fundador José Martí, a quien Rubén Darío consideraba “Maestro”, y el propio Darío, a quien Martí llamó “hijo”. Es característico que ambos tuvieran un conocimiento entrañable del español áureo y aun medieval; y que en ese tronco injertaran (como en sus tiempos habían hecho Garcilaso, Góngora o Quevedo) hallazgos procedentes de otras lenguas. A “la españolidad literaria de José Martí” se refirió con acierto Juan Marinello. Pero tempranamente el autor de *Ismaelillo* había interrogado: “¿Por qué nos han de ser fruta casi vedada las literaturas extranjeras tan sobradas hoy de ese ambiente natural, fuerza sincera y espíritu actual que falta en la moderna literatura española?”<sup>19</sup>. No le fueron a él en absoluto fruta vedada. Ni tampoco a Darío, que era aún niño cuando estaba ya familiarizado con nuestros clásicos. Luego conoció obras como la de Martí, y más tarde las de los franceses de su tiempo. Cuando al filo de los veinte años dio a la luz *Azul...*, Juan Valera habló de su “galicismo mental”, y el pobre Darío llegó a creérselo, como se vio en su trabajo de 1896 “Los colores del estandarte”. No era así. Salvo que convinamos en hablar del italianismo mental de Garcilaso. Con respecto al toledano, sin embargo, se reconoce que al hacer entrar en nuestra lengua, procedente de Italia, “el endecasílabo con sus guantes perfumados” de que hablaría García Lorca (en una conferencia sobre Góngora<sup>20</sup> que aquí en La Habana le escuchó maravillado, a sus

<sup>18</sup>Adrián Marino: “Modernique et modernisme: quelques précisions sémantiques”, *Neobehicon*, Nos. 3-4, 1974, p. 307.

<sup>19</sup>José Martí: “Oscar Wilde”, *Obras completas*, tomo XV, La Habana, 1964, p. [361].

<sup>20</sup>Federico García Lorca: “La imagen poética en don Luis de Góngora”, *Obras completas*, Madrid, 1962, p. 67.

diecinueve años, José Lezama Lima<sup>21</sup>), lejos de descastarnos nos abrió un panorama todavía fértil. Lo mismo hay que decir del nicaragüense y sus acarreo del francés. Su incomparable alejandrino viene tanto de Berceo como de Hugo. Por eso, aludiendo a la “prosa en román paladino” del mester de clerecía, llamó a su libro, “con Verlaine ambiguo”, *Prosas profanas*. Y su versificación irregular venía, más que de los simbolistas franceses, de poemas castellanos medievales como “Razón d’amor”. Volvió a enseñar que el español era capaz de la gran poesía. Así se lo reconocieron discípulos peninsulares que a su vez fueron luego maestros, como el “gran don Ramón de las barbas de chivo”, como el “misterioso y silencioso”, como el joven que le cuidó devoto sus *Cantos de vida y esperanza*, como Ortega que lo llamó “indio divino, domesticador de palabras”<sup>22</sup>, como casi toda la generación del 27. Hasta el áspero Unamuno, que al principio le retaceó los elogios, lo que no hizo Darío con él, concluyó reconociendo con honradez: “nadie como [Rubén] sutilizó nuestra comprensión poética. Su canto fue como el de la alondra; nos obligó a mirar a un cielo más ancho, por encima de las tapias del jardín patrio en que cantaban, en la enramada, los ruiseñores indígenas. Su canto nos fue un nuevo horizonte”<sup>23</sup>. El itinerante Darío encabezó en España lo que Max Henríquez Ureña nombró en un libro de título afortunado *El retorno de los galeones* (Madrid, 1930). En adelante, el predominio americano de nuestra lengua no haría sino crecer, y el otro “indio divino”, César Vallejo, quien llamó al nicaragüense “Darío de las Américas celestes”, dio pruebas estremecedoras de ello.

La onda literaria que había nacido en América en la década del ’80 del siglo pasado se profundizó tras la intervención militar estadounidense que en 1898 impidió de momento la independencia de Cuba y Puerto Rico, y arrebató a España sus últimas colonias en América y Asia. La generación hispánica que en ambas orillas del Atlántico tuvo aquélla como su experiencia histórica fundamental vio colapsar el primer Imperio de la modernidad

<sup>21</sup>“Recuerdo aún, desde mi adolescencia, los acentos con los que [García Lorca] evocó la muerte de Góngora [...]”. José Lezama Lima: “García Lorca: alegría de siempre contra la casa maldita”, *Imagen y posibilidad*. Selección, prólogo y notas de Ciro Bianchi Ross, La Habana, 1981, p. 59.

<sup>22</sup>José Ortega y Gasset: “Los versos de Antonio Machado” (1912), *Obras completas*, tomo I (1902-1916), 2ª edición, Madrid, 1950, p. 571.

<sup>23</sup>Miguel de Unamuno: “¡Hay que ser justo y bueno, Rubén!”, en Juan González Olmedilla: *La ofrenda de España a Rubén Darío* [...], Madrid [c. 1916], p. 32.

al uso, y avanzar a primer plano el que esperamos que sea el último. Sin embargo, por razones extrañas, el término “generación del ’98” se aplicó durante largo tiempo sólo a los españoles, mientras la denominación “modernistas” abarcaba a los hispanoamericanos que los habían precedido y acompañado. No voy a repetir lo que sobre esto ha sido dicho ya por varios, incluso por mí. Modernismo y 98 son dos alas de un vasto y profundo movimiento, de impulso palingenésico, con que se abre nuestro presente común.

Sin embargo, la noble modernidad a que, con un nombre u otro, aspiraba en lo hondo ese movimiento volvió a frustrarse, y pocos hechos lo revelaron con más dramática claridad que la guerra que desgarró a España entre 1936 y 1939. Después de Martí y Darío, poetas hispanoamericanos de primera magnitud expresaron en esos años su amor a España. El acercamiento entre ésta y sus ex colonias hecho posible tras el ’98, y que contribuyó a producir en España una floración literaria que muchos testigos excepcionales, como Ernst Robert Curtius, sólo encontraban comparable con la de los siglos de oro, concluyó de momento con esa guerra, que sumió al país en décadas de oscurantismo. Conmemoraremos pronto sesenta años del inicio de tal guerra, y aunque ha corrido mucha agua bajo los puentes, ni aquel acercamiento ha vuelto a conocer la intensidad que tuvo hasta 1939, ni la literatura española ha alcanzado aún, en conjunto, el esplendor con que enriqueció aquellos años. La literatura hispanoamericana, en cambio, siguió creciendo, e hizo realidad lo que en 1926 había anunciado Pedro Henríquez Ureña: “Trocaremos en arca de tesoros la modesta caja donde ahora guardamos nuestras escasas joyas, y no tendremos por qué temer el sello del idioma, porque para entonces habrá pasado a estas orillas del Atlántico el eje espiritual del mundo de habla española”<sup>24</sup>.

Haré un último comentario relativo a las palabras de Nebrija citadas al principio. Que la lengua puede ser lengua imperial, es indudable. Pero también puede serlo de la resistencia y hasta de la liberación. Ejemplo de lo primero es la lengua española que persiste en Puerto Rico tras casi una centuria de dominación estadounidense: ella es allí una lengua antimperial. Y hasta cierto punto, quizá éste sea también el caso, al menos para buena parte de su vasta población hispanohablante, del español en los Estados

<sup>24</sup>Pedro Henríquez Ureña: “El descontento y la promesa” (1926), *Obra crítica* [...], México, 1960, p.253.



Unidos, donde es hoy la segunda lengua hablada y tiene ya una apreciable literatura<sup>25</sup>. En cuanto a lengua de liberación, frente a nosotros vimos crecer el interés por el español (sobre todo en su variante hispanoamericana), crearse cátedras y departamentos para estudiarlo, volver a alcanzar prestigio cierto hispanismo: todo ello cuando, a partir de la década del '60 de este siglo, el español resultó la lengua de una revolución que estremeció al continente americano y a otras tierras del mundo. Resultado del hecho (y casi de inmediato, estímulo para él) fue que, más allá de consideraciones políticas, una gran literatura que hacía tiempo merecía reconocimiento internacional, lo obtuvo. El profesor estadounidense John Beverley sintetizó tal hecho en estas palabras, en las que “latinoamericano” debe entenderse casi siempre como “hispanoamericano”; y que aunque referidas al país de su autor, también son válidas para muchos otros:

Fue la Revolución Cubana la que dio origen al gran incremento de estudios latinoamericanos en la década de 1960 y principio de la de 1970. Además de Cuba, el *boom* latinoamericano de los años '60 (tanto en el sentido económico –las altísimas tasas de crecimiento de la mayoría de las economías latinoamericanas– como en el sentido cultural de *boom* de la narrativa) tuvo o tiende a tener efectos estructurales muy profundos en el propio campo del hispanismo. Antes de la Revolución Cubana, el paradigma del español que se impartía en la escuela norteamericana era el castellano [de Castilla]; hoy en día, en lugar de ello, tiende a ser una especie de “promedio de laboratorio” latinoamericano. La literatura latinoamericana, que cuando yo era aún estudiante se consideraba como la última de las literaturas en idioma extranjero, tiene hoy un prestigio y una influencia excepcionales [...] <sup>26</sup>.

<sup>25</sup>Cf. Julio Rodríguez-Luis: “Sobre la literatura hispánica en los Estados Unidos”, *Casa de las Américas*, N° 193, octubre-diciembre de 1993; Jean-Pierre TAILLEUR: “Essor de la culture hispanique aux Etats-Unis”, *Le Monde Diplomatique*, septiembre de 1994.

<sup>26</sup>Cf. John Beverley: “¿Puede el hispanismo ser una práctica radical?” (1982), *Del Lazarillo al sandinismo. Estudios sobre la función ideológica de la literatura española e hispanoamericana*, Minneapolis, 1987, pp. 33-34, Cf. también en la entrega del 14 de noviembre de 1968 de *The Times Literary Supplement*, dedicada a la literatura latinoamericana, el anuncio de una editorial que proclamaba en grandes letras: “No hay duda de que la contribución más significativa a la literatura mundial de hoy viene de la América Latina”; y a continuación, los nombres de los autores cuyos libros se ofrecían: Borges y Fidel Castro, Neruda y el Che Guevara, García Márquez y Debray...



Puedo dar testimonio de lo afirmado al final por Beverley, desde el otro lado del aula, ya que fui profesor en la Universidad de Yale entre 1957 y 1958, cuando dar clases de literatura hispanoamericana parecía casi una excentricidad. Poco después comenzaría el vuelco espectacular en la recepción de esa literatura.

Consecuencia previsible de tal vuelco, una literatura hispanoamericana más rica en calidad y cantidad que la de España volvió a influir sobre esta última, y contribuyó a vivificarla. En esta ocasión, el vehículo fundamental fue la prosa de lo que se dio en llamar la nueva narrativa hispanoamericana, no el verso, como había sido el caso cuando el modernismo: aunque en ambas oportunidades verso y prosa se hicieron sentir. Otra consecuencia del crecimiento de la importancia mundial reconocida a la literatura hispanoamericana, aunque no exageraré el punto: hasta 1959, tal literatura sólo había sido galardonada una vez con el Premio Nobel (que hace ahora exactamente medio siglo distinguió con justicia a Gabriela Mistral); desde entonces lo han recibido cuatro escritores hispanoamericanos: Miguel Angel Asturias, Pablo Neruda, Gabriel García Márquez y Octavio Paz, y al parecer inaceptables razones extraliterarias, de signo político contrario, impidieron que se le otorgara a otros como Borges y Alejo. En igual lapso lo recibieron los españoles Vicente Aleixandre y Camilo José Cela.

No incurramos, sin embargo, en panglosianismo. Si el español fue la primera lengua rectora de la modernidad occidental, ya en el siglo XVIII debió ceder esa rectoría al francés; el cual, a su turno, hace tiempo se vio suplantado por el inglés de los Estados Unidos (“la lengua [...] compañera del imperio”). Entre los incontables ejemplos que se pueden aducir, me detendré sólo en dos, tomados de nuestra literatura. Aunque el término *modernismo* existe en muchas lenguas, recordé que Adrián Marino destacó que sólo en la nuestra fue el nombre de un específico movimiento literario. En cuanto a *postmodernismo*, fue vocablo forjado por Federico de Onís, y divulgado a partir de su *Antología* de 1934, para nombrar cierta manera de poesía de la que en Cuba es ejemplo señero la de Dulce María Loynaz. A pesar de lo cual, los significados distintos que los términos *modernism* y *postmodernism* tienen en inglés, hacen que muchos de los nuestros se inclinen ante esos significados (olvidando que se trata de entidades diferentes), y hasta sientan una absurda vergüenza provinciana en caso de valerse de los propios.

Pero así no termina la historia, dicho sea sin alusión al multimantado Fukuyama. Martí, que en el seno de los Estados Unidos vio incubarse el nuevo Imperio de Occidente, rechazó con energía sus rasgos negativos y diseñó una modernidad *otra*, que ha quedado como una meta a alcanzar. Refiriéndose a la norteamericanización que en su vertiente *light* acabó por imponerse temporalmente, Michel Leiris dijo que “en ce monde haïssable, en ce temps chargé d’horreur, la modernité s’est muée en merdonité”<sup>27</sup>. Y recientemente, Néstor García Canclini, tomando en consideración nuestra América, pero con criterios válidos también para muchas otras zonas del planeta, habló de “una modernización que atrasa”<sup>28</sup>.

Si no ocurre una catástrofe posible, y la humanidad, como esperamos, sobrevive a esta nueva crisis gigante, le esperan otras modernidades, las cuales se dirán en muchas lenguas. En este mismo siglo se han visto hechos curiosos. Hasta finales de la centuria pasada, el japonés era una modesta lengua marginal: hoy lo es de uno de los tres países más poderosos del planeta. No hace aún cincuenta años, el hebreo era una lengua no muerta, pero sí hieratizada, como lo son el sánscrito, el griego antiguo, el latín o el árabe clásico<sup>29</sup>: hoy es el idioma de una nación dinámica que debe ir apagando su agresividad. En un dialecto del holandés, el Afrikaans, se conversa sobre una de las más esperanzadoras experiencias multirraciales de este tiempo. Y una de las más viejas lenguas sobrevivientes, el chino, lo es del país más poblado de la Tierra, que se despereza y de cuyo seguro porvenir nadie duda. En español, la más creciente de las lenguas romances, Las Casas defendió, en el alba de la otra modernidad, a los primeros seres humanos martirizados para hacer posible la edificación de aquélla en beneficio de unos pocos; en español, Martí, en “ruines tiempos”, concibió un “nuevo estado social”, un “tiempo de amor, aún para los que odian”, una “época [...] en que todas las llanuras serán cumbres”<sup>30</sup>; y hace sólo tres décadas, en

<sup>27</sup>Cit. por Jean Chesneaux: *De la modernité*, París, 1983, p. 5.

<sup>28</sup>Néstor García Canclini: “Una modernización que atrasa. La cultura bajo la regresión neoconservadora”, *Casa de las Américas*, N° 193, octubre-diciembre de 1993.

<sup>29</sup>Entre las lenguas llamadas *muertas*, que nadie habla y a menudo nadie conoce, y las llamadas *vivas*, habladas por pueblos determinados, un tercer grupo de lenguas podrían llamarse *hieratizadas*: fueron lenguas vivas de ciertos pueblos, se consideran de alta cultura y se conservan en instituciones con frecuencia (aunque no exclusivamente) de carácter religioso.

<sup>30</sup>José Martí: “El *Poema del Niágara*”, *Obras completas*, tomo VII, La Habana, 1963, pp. [223], 225, 226, 228.

español, el Che Guevara postuló “que el revolucionario verdadero está lleno de grandes sentimientos de amor”<sup>31</sup>: y murió fiel a sus palabras. Es nuestro deber moral hacer que el español sea compañero no del imperio sino de la modernidad fraternal y sororal sin la que la pobre y grande humanidad no sólo carece de sentido, sino carece de futuro.

<sup>31</sup>Ernesto Che Guevara: “El socialismo y el hombre en Cuba”, *Obras 1957-1967*, tomo II, La Habana, 1970, p. 382.